

# Mi cuna embalsamada de matarratón

Betty Zambrano Zabaleta<sup>1</sup>

Sentada en una piedra babosa a mitad del arroyo, Rosario veía por octava vez cómo los pececitos plateados salían de un girón del agua mona y se llevaban en sus bocas marinas los restos de las hojas muertas de Matarratón que la fiebre hirviente de Salustiana había marchitado. La niña de seis meses dormía en su regazo envuelta en mantas de algodón, la fiebre había aumentado en la madrugada de aquel verano encarnizado que arrojaba el universo verde donde Rosario vivía con Benito, en la punta alta de una loma que dejaba ver la vista circunvalar de lo que era la lejanía de Riosucio.

Hacía dos días se preguntaba si había sido el aire frío de la noche lo que le descompuso el cuerpo a su muchacha, o si en la ida y venida de cerrar el portillo, con Salustiana amarrada en su pecho, la luna clara le había torcido los ojos a la criatura. Puso las chancletas en cruz —para evitar algún mal que viniera a visitar sin ser invitado— pero al día siguiente la niña despertó reventada en llanto, hirviendo en una olla de fiebre que la hacía fastidiarse de pies a cabeza. Desde entonces, las enramadas de Matarratón habían logrado amedrentarle la temperatura, cuando cubría su cabeza blandita con esas hojas frescas que se chupaban el calor de su cuerpo. La Mata Andrea, la Matimbá y la Artemisa le evaporaban el cuerpo de frialdad y desvanecían el calor por horas con los baños de hojas cocidas, pero luego ese mismo calor regresaba como un tizón ardiente que se instalaba en la sangre burbujeante de la niña que dormía en su tibio regazo.

Horas antes, Rosario decidió prepararse una bebida con hierba limón y dos cogollos de angigible para aclararse la mente; se encontraba al borde del desánimo, a punto de tirar la toalla. Aquellos pensamientos la habían hecho lagrimear frente a Salustiana, que la observaba decaída desde su cunita embalsamada de matarratón. Rosario había pensado que no sería necesario hacer el altar de las nueve noches a su pequeña niña que dormiría para siempre sin conocer siquiera las cascadas de Riosucio, pero en el único y primer día de la celebración de su velorio —después de enterrarla en una caja de madera que clavaría ella misma, con las tablitas de roble que habían quedado del palo alto que semanas antes habían aserrado— a las cinco de la mañana cantarían el avemaría acompañada de sus matas dolidas que le dieron aliento a su moribunda hasta los últimos días. Entonaría entonces las alabanzas de los muertos con su alma enlutada, y si la niña se despedía con la boca abierta, una vez muerta, le cerraría su boquita con suavidad para que no diera la impresión, en los cielos azules, de qué murió con tristeza. Sabía que Salustiana no pasaría de la noche y que al día siguiente su cuerpo de ocho centímetros amanecería tieso, y que luego, en una esquina olvidada de la loma, arrumaría los chocoritos de bebé que ella misma había comprado con la ilusión de una madre primeriza; agarrada por su resignación fúnebre, bajó al arroyo para bautizar a su pequeña, sin invocar siquiera la religiosidad católica.

La sumergió desnuda en las corrientes del río y la arrojó con las mantas nuevas de algodón. Salustiana lloró cuando sintió que su cuerpecito caliente rozaba al inicio el agua fría, pero luego, toda mojada, comenzó a dormirse con los arrullos tiernos que le regalaba su madre. Su cuerpo

1. Estudiante de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Tadeo Lozano (sede Caribe). *E-mail:* [bettyzambranozabaleta@gmail.com](mailto:bettyzambranozabaleta@gmail.com)

hirviente ya había secado las mantas empapadas del agua bautismal. Algo en Rosario la hacía creer que Benito daba gritos de aviso en la entrada, antes de subir la loma, con el médico palitero que alentaría a la niña, pero sabía que su marido terco había salido la noche anterior a regañadientes para el pueblo, diciendo que Salustiana no empeoraría, y que esas vainas febriles eran cosas de Rosario, que le gustaba atender gente enferma. Allá se quedaría escuchando los boleros y los golpes secos de los tambores que acompañan la voz de La Negra Grande de Colombia cuando recitaba un bambuco y las venas de su cuello largo se inflamaban en el resonar de la composición. Andaría alzando el codo, quitándose y poniéndose el sombrero, dando vueltas y vueltas a las mujeres que daban brincos cuando sentían el golpecito seco y seguido del tambor hembra. Amanecería, quién sabe dónde, con su compaè Juan del Toro, y desayunaría entonces donde Pabla, solo para seguir el jolgorio, porque quien escucha un bullerengue le dan ganas de seguir viviendo.

Desde entonces el cuerpo de Salustiana se había convertido en un tizón en llamas que marchitaba las hojas jugosas de matarratón. Qué sería esa fiebre endemoniada que no dejaba que su pequeña mamara como era debido. Agarrada otra vez de su resignación fúnebre, subió del arroyo a la loma. Ya la tarde se desvanecía en el cielo inundado de colores, y la brisa pasmada del invierno no traía ni a tropiezos algún alma angelical que llegara a brindarle auxilio. Decidida, aunque con poca fe en sus efectos, puso a Salustiana en su cuna y se fue al fondo del patio a cortar el matarratón. La noche ya había caído, los mosquitos hambrientos ya habían llegado a chuparle la sangre y el toldito rosado protegería a su criatura de esos monstruos sangrientos que llegaban en la noche a puyar su piel tierna. Desde su cama de lona le cogía el tiempo a la niña, y cuando calculaba una hora en su mente de reloj pobre, bajaba y cubría el cuerpo desnudo de Salustiana con las hojas de matarratón,

mientras su cuna de nuevo embalsamada por las mismas hojuelas elípticas cubrían el sueño febril de su princesa enferma. Rosario no sabe en qué momento desatendió a la niña, luego de cubrir su cuerpo con otra enramada de matarratón, pero cuando despertó con los primeros rayos de sol que se colaban por el pajonal, y cuando el himno matinal de los gallos penetró en sus oídos, pensó con los ojos abiertos que su princesa murió esperando a su príncipe azul parental. Pero cuando puso sus pies en el piso de tierra, sentada en su cama de lona, vio sobre el toldito rosado que su princesa había revivido con sus deditos metidos en su boca viva. Comenzó a lagrimear, y cuando la tuvo en sus brazos se asustó por el frío de muerto que cargaba sus huesitos y su carne biche, pero la fuerza reguladora de esos fenómenos cósmicos y verdosos le habían ganado la partida a la muerte. Entonces le comentó a Salustiana, tíernamente, queriendo disimular su resentimiento: —Mañana Benito la tiene conmigo. ■■■

**Contacto.**

Fuente: Jassir Gutiérrez

